

La Eucaristía

Queridos hermanos y hermanas:

Os escribo para compartir con vosotros la fe agradecida, la esperanza fundada y el amor ardiente que en cada uno infunde la Eucaristía. Hemos celebrado la Pascua y confesamos todos que “nuestra Pascua es Cristo el Señor” (Cf 1Cor 5,7). Y el sacramento con que, sobre todo, la celebramos es la Eucaristía. El Bautismo y la Eucaristía. Aunque bien creéis y sabéis que todos los sacramentos nacen de la Pascua.

Quiero hablar con vosotros de la Santa Eucaristía. Dispuso el Papa Juan Pablo II, de tan hondo recuerdo, que este año 2005 fuera especialmente dedicado a la Eucaristía. Su clausura será en octubre de este mismo año con la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos. En este mes de mayo, además, celebramos la fiesta del Corpus, que, con el Jueves Santo, son días enteros de la Eucaristía.

Mediado este año y para ayudaros a celebrarlo como año de la Eucaristía os escribo esta carta. Han sido ya muchas las iniciativas en las parroquias y en las comunidades a lo largo de estos meses. Con mis letras os aliento a reavivarlas y a mantener nuestra fe y admiración a la Eucaristía y a acrecentar nuestra devoción a ella.

Escribo pensando sobre todo en las parroquias. La Eucaristía hace parroquia. La parroquia tiene su fundamento en la Eucaristía, porque es comunidad eucarística (ChL, 26). El primer capítulo de este escrito recoge algunos aspectos deficientes o erróneos sobre la Eucaristía, y disculpadme que empiece por ello. Luego, recordaré algunos nombres de la Eucaristía, para terminar con una oración: “Danos de ese pan”.

I. Algunos han desertado de las Asambleas (Cf Heb 10,25).

1.- Comienzo por confesaros que si comprendiéramos, según nuestra capacidad, el sentido hondo de la Eucaristía, difícilmente dejaríamos de celebrarla. Es algo que no podemos perdernos, aunque nos exija esfuerzo. “*La Eucaristía, no me la pierdo*”. Os lo repito a vosotros, que la valoráis. Me duele tener que decir que muchos creyentes desconocen su sentido, su valor, su necesidad para vivir el seguimiento de Jesús.

En el fondo es la *ignorancia*. No hay interés por lo que se desconoce. Por eso el Concilio Vaticano II encarga al Obispo y a los sacerdotes ofrecer a los fieles la catequesis de la Eucaristía, una catequesis que también se desprende de los mismos gestos y acciones con que la celebramos. Difícilmente se ama lo que no se conoce. Como tampoco se conoce lo que no se ama.

Le pido al Señor que me ayude a hablaros; que ponga en mi corazón y en mis letras palabras que os ayuden a venerar y a celebrar la Eucaristía. Estoy recordando el calor de San Juan de Ávila, cuando predicaba al pueblo de la Eucaristía, con preciosas y entusiasmadas palabras.

Confesaban los primeros mártires: “Sin la Eucaristía no podemos vivir. Sin el domingo no podemos vivir” (Testimonio de los mártires de Abitene, s.IV). Por eso el buen cristiano no puede dejar de celebrar la Eucaristía.

2.- En segundo lugar. A veces hemos mirado la Eucaristía como una *obligación* impuesta por la Iglesia, y es verdad que es uno de sus mandamientos, que ordena celebrarla todos los domingos y días de precepto. Y, como para las obligaciones, tenemos la tendencia a buscar razones o motivos para liberarnos de ellas.

Pero la Eucaristía para un creyente no es principalmente el cumplimiento de un precepto de la Iglesia, -que lo es-, sino que, ante todo, es

una *necesidad*. Y, si es necesidad, es un *derecho* del bautizado. Tengo derecho a celebrar la Eucaristía. Como tengo derecho a escuchar la Palabra viva de Dios, la Buena Noticia, que es Jesús y su mensaje, a reunirme en Asamblea con los hermanos. Tengo derecho y necesidad de recordar la Pascua liberadora de Jesús y celebrarla, porque Él lo mandó, tengo necesidad de alimentarme del Pan que da la Vida. Tengo derecho a servir a los hermanos, como pide la Eucaristía.

3.- En tercer lugar. En algunas ocasiones se ha desvirtuado el valor de la Eucaristía y se ha *pospuesto a otras obligaciones* o compromisos. Y se ha dicho que primero es vivir la justicia, la verdad, la convivencia.

A esto se ha llegado por una falsa y errónea celebración de la Eucaristía. Hemos escuchado con alguna frecuencia el reproche de que más “valdría ser honrados que no hacer alarde de tantas celebraciones”. Esta acusación nos denuncia no haber llegado a entender que la celebración de la Eucaristía siempre lleva a la vida. Lamentablemente este reproche viene ya recordado por los Padres y escritores antiguos. S. Pablo escribía a los Corintios: “No os alabo, cuando no es solidaria vuestra celebración” (Cf 1Cor 11,22).

La enseñanza repetida del Concilio es que la Eucaristía es fuente, es centro, es cima, es meta de la Vida cristiana. No hay vida verdaderamente cristiana, si no se vive la Eucaristía. Y la vida cristiana es amor, justicia, libertad, solidaridad, servicio. A ello lleva la Eucaristía.

Deteneos un momento y pensad.

¿Por qué no valoramos la Eucaristía? Hacedos esta pregunta. ¿Qué es para ti la Eucaristía? ¿Qué sabrías decir de ella con convencimiento?.

He apuntado estas razones: El desconocimiento, el considerarla como una mera obligación, y la celebración recortada y mutilada de la Eucaristía. Pero ¿crees que en tu entorno se dan otros motivos?

4.- La *devaluación del domingo* es otro motivo. Para muchos ha perdido ser “el *día del Señor*”. El domingo se llena de ocio, de descanso, de viajes, sin ninguna referencia al descanso mandado por el Señor. Un descanso, que tiene la noble tarea de manifestar el señorío de Dios, reconocido por el hombre, y la expresión serena del señorío del hombre sobre la creación. A veces, también la segunda vivienda desarraiga de la comunidad parroquial y se pierde la referencia a la parroquia como familia.

Por otra parte, el “*Día del Señor*” no es el martes u otro día de la semana. Sólo el domingo, en toda la Iglesia, es reconocido y celebrado como el Día del Señor.

5.- Y por último, es un falso concepto tener la Misa como *devoción particular*, individual. Muchos entienden la Misa como devoción privada. Pero la Misa siempre es *nuestra* Misa. Es doloroso no llegar a comprender la fuerte carga de comunidad que desde el principio y por voluntad de Jesús tiene la Eucaristía. “Como los granos esparcidos por el campo se reúnen para formar un pan. Como los granos de uva se estrujan para llenar una copa de vino”. La Eucaristía hace comunidad y la reclama. La Eucaristía aun con el más pequeño grupo es siempre acción de toda la Iglesia. La Eucaristía es la fiesta de toda la comunidad parroquial, convocada por el Señor y reunida en torno a Él. Para muchos, lamentablemente no hace comunidad ni la expresa, cuando es una de sus notas y uno de sus frutos.

De nuevo pido vuestra reflexión, porque para dar respuesta amplia habría que escuchar igualmente las excusas de los que no vienen, y las razones más hondas de muchos de los que asisten. ¿A qué obedecen? ¿De qué carecen? ¿Queréis compartirlo en grupo?

II.- *Los nombres*

El nombre nos aproxima a las personas, a los acontecimientos y a las cosas. Por el nombre hacemos que los hechos o las personas vengan a nuestra memoria, las reconozcamos y entren dentro de nosotros. Recordemos, por eso, algunos nombres de la Eucaristía. Y, de este modo, la conoceremos.

1.- *Cena del Señor*

Jesús la llamó "*Cena Pascual*". Es la cena que recuerda a Dios liberador del pueblo. Fue una hazaña impresionante. El pueblo tomó conciencia de pueblo, y de pueblo liberado por Dios. Las tribus se unieron en un solo pueblo.

Cada año había que celebrarla con un ritual concreto, detallado. Lo escuchamos en la primera lectura del Jueves Santo. Sobre la mesa un cordero degollado, pan ácimo y la sangre en el dintel de la puerta.

Jesús renovó esta cena. Fue una Pascua nueva. El cordero era Él mismo. El pan sin levadura lo convirtió en su Cuerpo. Y la sangre era la suya, después de la bendición del cáliz con vino.

Otras veces se le llama la "*última Cena*", así dicho por Jesús. Una cena que había deseado ardientemente celebrar y compartir.

Los discípulos le llamaban la "*Cena del Señor*". Jesús encargó que la celebraran *en memoria suya* y que así lo hicieran hasta que Él vuelva.

Durante dos mil años, sin interrupción la Iglesia ha celebrado con devoción la *Cena del Señor*. Esa misma Cena celebramos nosotros.

El Señor es el mismo. Junto a su mesa estamos ahora nosotros. ¿Entendemos lo que esto significa? ¿Con qué actitudes celebramos la Cena del Señor? ¿Qué motivos son suficientes para rechazar la invitación de Jesús? Porque se repiten entre nosotros las excusas de los invitados al banquete (Cf Mt 22, 1-10).

2.- *Santo Sacrificio*

Es otro nombre que nos aproxima a la celebración. La Cena pascual recordaba el sacrificio de un cordero por familia. Se sacrificaba al atardecer.

En la Carta a los Hebreos, Jesús es presentado ampliamente como sacerdote, Sumo Sacerdote, y también como víctima y altar.

La Eucaristía es un verdadero sacrificio. Sacrificar era declarar sagrado un don que se ofrecía a Dios destruyéndolo. Con ello el hombre reconoce la soberanía absoluta de Dios, y entra en relación amiga con Él. Ofrecemos al Padre lo que Él mismo nos ha dado.

Jesús habló de su Cuerpo entregado. *“La fracción del Pan”*, es otro nombre. Jesús rompió el “pan” y se lo entregó. En Emaús lo reconocieron “al partir el pan”. El pan que tenía en sus manos lo partió y nos dijo que era su Cuerpo entregado por nosotros. Pasó el cáliz lleno de vino y les decía que verdaderamente era su sangre derramada por ellos y por todos los hombres, para perdonar los pecados y restablecer la amistad y alianza con Dios Padre.

Fijaos que momentos antes de comulgar invocamos por tres veces al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y le pedimos que nos dé la paz. E inmediatamente el sacerdote, respondiendo a la invocación del pueblo, muestra al mismo pueblo el Pan consagrado y le dice: “¡Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!”. Aquí está Cristo

sacrificado. Son dichosos los invitados a esta Cena del Señor. Y el pueblo responde consciente: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa”.

En cada Eucaristía hay un *ahora*. Ahora nosotros celebramos el memorial de la muerte y resurrección del Señor. Ofrecemos a Dios el Pan de Vida y el Cáliz de Salvación. La llamamos ofrenda incomparable de su Iglesia, y le pedimos que reconozca en ella la Víctima, que con su inmolación nos devuelve su amistad.

Lo que anunciamos y vivimos es la muerte cruenta de Cristo. Como proclamamos su Resurrección en la misma Eucaristía. Y unidos como pueblo lo esperamos. Hacemos “memoria” de la pasión, de la resurrección y del retorno glorioso de Cristo Jesús. La llamamos también, por voluntad de Jesús, “*memorial*”.

Dios nos ofrece su amistad en una alianza nueva e inaudita que establece Cristo con su sacrificio. Hacernos amigos de Dios a Cristo le costó la vida. ¿Cómo no agradecerlo con estremecimiento? ¿Cómo no celebrarlo? Somos inconscientes, cuando dejamos de aceptar la mano y la amistad de Dios. La mesa es también *altar*, es recuerdo y memoria de Cristo sacrificado por nosotros. ¿Tan olvidadizos seremos?

Es impresionante: ¡Ahora lo celebramos y hacemos real, para nosotros y para el mundo entero! Por eso vive la Iglesia.

3.- *Asamblea eucarística*

También de este modo se llama a la Eucaristía. La realidad es admirable, si la vivimos.

De nuestras casas, de nuestro trabajo y con nuestras situaciones personales, venimos a hacer asamblea. Venimos a expresar que somos Pueblo, Pueblo de Dios.

La imagen es significativa. A la Eucaristía vamos llegando de uno en uno. En el templo percibimos ya la realidad que somos: El Pueblo de Dios congregado. Somos comunidad. Somos parroquia. Somos la familia de Dios; llevamos su sangre.

Celebrar Asamblea es señal de fiesta. Quien llama y convoca es Dios Padre. Nos une fuertemente el Espíritu Santo. Y el comienzo lo ha abierto Cristo. Así reunidos somos imagen de la Sma. Trinidad.

Visiblemente preside un sacerdote, un presbítero. Para nosotros va a pronunciar las palabras mismas y va a hacer los mismos gestos de Jesús. Con una expresión de la teología se afirma que para nosotros y para el mundo actúa *“en la persona de Cristo”*. Esto es el sacerdote y a todos nos produce admiración y un hondo temblor.

En nuestra Asamblea Eucarística está el propio Jesucristo y lo está de muchos modos. Él nos dirigirá la Palabra, cuando se proclama el Evangelio. Él está en el sacramento de la Eucaristía. Él está presente en el sacerdote que preside. Y, como Jesús mismo afirmó, Él está entre nosotros, cuando en su Nombre nos encontramos reunidos.

En esta Asamblea nadie está pasivo. Hemos venido caminando, voluntariamente. Nos ponemos de pie o estamos sentados. Rezamos. Escuchamos con atención. Respondemos a la Palabra de Dios. Cantamos. Dialogamos con el sacerdote. Guardamos silencio. Respondemos *amén*. Confesamos la fe. Pedimos por la Iglesia y por el mundo entero. Recordamos a nuestros difuntos. Algunos proclaman la Palabra de Dios. Otros dirigen el canto. Muchos han preparado en templo. Comulgamos a Jesucristo. Reafirmamos nuestra amistad con Dios. Somos parroquia.

Se nos repite que la participación ha de ser activa, consciente. Sois sacerdotes también.

La Eucaristía reúne a los que estamos dispersos. “Reúne en torno a ti, Padre misericordioso, a tus hijos dispersos por el mundo”. Reunir es obra de Cristo. Nuestros escritos santos hablan de judíos, gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres. Hoy diríamos también de emigrantes.

Esta impresionante Asamblea es la Iglesia de Jesús. La Eucaristía nos hace Iglesia. Aquí está la Iglesia de Jesús. Aquí está la parroquia, como comunidad primera y más cercana. La Eucaristía nos pone en comunión con la Iglesia Diocesana, que se hace presente en la oración y el recuerdo del obispo. Como expresamos la comunión con la Iglesia Universal extendida por el mundo entero, en la oración por el Papa, que la preside en la caridad.

Estos son algunos rasgos de la Asamblea que en cada celebración de la Eucaristía somos y formamos.

En un mundo partido y cerrado nuestra Asamblea es abierta y es un recinto de hospitalidad, de acogida, de respeto, de fraternidad.

¿Qué razones válidas presentamos para no participar? ¿De qué actitudes negativas nos denuncia la Asamblea eucarística? ¿Se puede vivir como cristiano sin tomar parte consciente y activa?

4.- *Eucaristía*

Es nombre hoy cada vez más frecuente. Viene el nombre de las acciones que el Señor Jesús realizó en la Cena última. “Tomó en sus manos el pan, lo bendijo y *dio gracias a Dios*”

Por eso los cristianos primeros la llamaban “*la acción de gracias*”. Se reunían para escuchar las enseñanzas de los Apóstoles y para celebrar *la acción de gracias*.

Es el sentimiento primero que surge en un creyente consciente. “Soy cristiano por la gracia de Dios”. Y mi respuesta primera es de reconocimiento y de gratitud. Acción de gracias inacabable.

A *Dios Padre* lleno de misericordia, de ternura, cercano, de corazón inmenso. Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de todos los hombres, Padre nuestro.

La acción de gracias es por *Jesucristo*, el mayor don del Padre a los hombres. La Eucaristía nos enseña a poner orden en nuestra acción de gracias. Haremos memoria reconocida de la vida de Jesús. Sobre todo de las horas densas que llenan la historia de la Pasión, aceptada voluntariamente por Jesús, sufrida por nosotros. Hacemos memoria consciente.

Y agradecemos su Resurrección que nos hace hombres y mujeres nuevos, que nos llena de esperanza y de sentido la vida, que nos la abre definitivamente hacia un futuro cierto y lleno de vida plena.

Agradecemos el envío abundante del *Espíritu*, que santifica nuestros dones de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesús, Nuestro Señor. El Espíritu, que nos asegura la fidelidad a Jesús, que nos descifra las Escrituras, que es Abogado defensor de la comunidad, que con fuerza nos une con muchos nervios y tendones, que enriquece a cada comunidad con carismas, que nos hace misioneros y heraldos, como acto de amor al mundo en que vivimos.

Le damos gracias por la *Santa Iglesia*, que nos ha hecho. Somos su familia, su casa donde Él habla, su campo, que nos trabaja, su Pueblo nuevo, adquirido por la Sangre de Cristo.

Le damos gracias por *Santa María*, la Madre del Señor. Su recuerdo no falta en ninguna Eucaristía. A Ella le debemos el Cuerpo verdadero de

Cristo nacido de Ella, el que ofrecemos al Padre en el Espíritu, y el Cuerpo de Cristo, que comulgamos y recibimos.

Nuestra acción de gracias es también por los *mártires primeros* y por los mártires de nuestro tiempo. Y por los Santos, miembros destacados de nuestra comunidad y familia, que se tomaron en serio seguir a Jesús, y los hizo fecundos, servidores de los hombres, de los pobres.

Nuestra acción de gracias es con Jesucristo y por Jesucristo. Se hizo nuestro mediador. Jesucristo, el Señor, da gracias al Padre con nosotros su Iglesia. Y con Jesucristo le damos gracias por *todos los bienes* que recibimos del Padre y porque por Cristo, Nuestro Señor, los concede al mundo.

La acción de gracias empieza con un diálogo emocionado. Levantemos el corazón. Dad gracias al Señor, Nuestro Dios. Porque es justo, es necesario, es un deber nuestro, y reconocerlo nos salva.

La acción de gracias termina levantando bien alto el Cuerpo y la Sangre de Cristo y hablando con el Padre: *“Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre, omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos”*.

Son momentos cumbres en la celebración. Son segundos de tiempo de una densidad incalculable. En cualquier hora del día hay sacerdotes levantando en alto el Cuerpo y la Sangre de Jesús y aclamando la acción de gracias, el honor y la gloria a Dios Padre.

Y el pueblo contesta un vibrante y sonoro *¡“Amén”!* Se oye la voz del Pueblo, voz que le sale del corazón.

No es comprensible dejar de asistir a la acción de gracias, que nace de un corazón noble y humano.

En la Historia Sagrada se repite una queja, que hoy es actual. Decía Dios: “No te reprocho por tus donativos y ofrendas o sacrificios. Pero lo que yo busco de ti es tu corazón humano, tu corazón reconocido, tu acción de gracias sincera” (Cf Salmo 50, 8-15), que es proclamar la soberanía de Dios y es decir en voz alta que Dios es Padre y amigo de los hombres, vecino de ellos.

5. *Misa. Santa Misa*

Es el nombre más frecuente entre nosotros, pero este nombre no se encuentra en los escritos del Nuevo Testamento. Es nombre puesto por la Iglesia.

El pueblo escuchaba, en la despedida del sacerdote, cuando se usaba el latín: “*Ite, missa est*”. “*Missa est*” es una fórmula de finalizar. No se usa en el centro de la celebración. “Se ha enviado”, quiere decir.

La ofrenda al Padre se ha enviado. La acción de gracias también. El recuerdo vivo del Señor lo hemos realizado.

Porque es palabra de final, indica el comienzo del camino de retorno a la vida ordinaria, familiar, profesional, de responsabilidad ciudadana y de convivencia. *Id* es la despedida del sacerdote.

La Misa ahora se vive en la vida. La Misa no nos separa de la vida humana. La Misa envía a la vida, que se hace de amor, de servicio, de acogida, de verdad, de justicia. En la colecta del viernes de Pascua pedimos “realizar en la vida, cuanto celebramos en la fe”. Y unos días después, en el miércoles de la segunda semana pedimos que “el misterio celebrado en la fe se actualice siempre en el amor”. Nunca la Misa ha sido una huída. No fue ésa la vida de Jesús, que hemos recordado, agradecido y revivido en Asamblea.

Quiere decir que la vida nos va a decir cómo hemos celebrado la Eucaristía. Porque la Misa se expresa también en la calle, en el campo de trabajo, en la escalera de vecinos, en el compromiso por nuestra ciudad o nuestro pueblo.

Por eso, no debe haber el reproche al que aludí al principio. “No os alabo, decía S. Pablo, porque al celebrar la Cena del Señor, no sois solidarios”. Los que han participado de la Cena del Señor saben que en sus manos se llevan “una palangana y una toalla”, un encargo, que es servir, y un mandamiento, que es el del amor fraterno.

La celebración ha terminado. Con gozo empieza a realizar en la calle lo que hemos vivido. La vida, nuestro trabajo pastoral y misionero nos ha llevado a la celebración, que es meta y es cumbre. La celebración nos lleva y da sentido a nuestra vida, porque es fuente.

Bien deseo que el recuerdo de estos cinco nombres os haya podido ayudar a recordar el valor único e incomparable de la Eucaristía. “No nos la perderemos, Señor. Entendemos que la Iglesia, nosotros, no podemos vivir sin la Eucaristía. En la Eucaristía nos va la vida”. Es tema vital.

III. Danos de ese Pan

La samaritana pidió a Jesús: “*Dame de “esa agua”* (Jn 4,15). Dos capítulos después, un grupo de judíos le dijeron a Jesús: “*Señor, danos siempre de “ese pan”* (Jn 6,34). Porque es verdad que el hombre no sólo vive de pan.

“*El pan del testigo*”, lo llamó nuestro Congreso Eucarístico Diocesano. Embarcada nuestra Iglesia Diocesana, desde hace años, en recordarnos el deber misionero hoy, entendimos que la misión la hacen los misioneros. Recordamos que a los misioneros los hace el “encuentro” con Cristo y

proclamamos que al misionero le mantiene en su camino, a veces por veredas difíciles y desérticas, el Pan, que es la Eucaristía.

Bien es verdad que el testigo, de quien tanto hablamos, tiene a mano una abundante despensa. Porque *“Pan de vida”* es la Palabra de Jesús. “Son vida mis palabras”, dijo Jesús. El hombre de todos los tiempos vive de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Y sabemos que sin la Palabra de Cristo no hay Eucaristía.

Vida es la *caridad*. Sabemos que vivimos, porque amamos, decía S. Juan. Y pasamos de la muerte a la vida, porque amamos (Cf 1Jn 3,14). El amor fraterno se nutre de la Eucaristía y se proclama en cada celebración.

Vida es, por eso, la comunidad viva. Expresamos que vivimos, según quiere Jesús, cuando, con el Espíritu, realizamos la comunidad de Jesús, que se reúne en torno a la Eucaristía y una expresión extraordinariamente significativa es la Eucaristía parroquial, primera comunidad del pueblo cristiano (Cf ChL 26, c).

Pero, *“Pan de vida”* es, sobre todo, el Cuerpo de Cristo Jesús. Él es el Pan de vida. Da vida al creyente mientras camina y le da vida más allá de la muerte. Se le ha llamado “medicina de inmortalidad”.

Si, al pasar revista a nuestras comunidades, a nuestras parroquias, caemos en la cuenta de que faltan en algunas zonas señales de vida, hemos de pensar que esa comunidad no se alimenta adecuadamente, o, como recriminaba S. Pablo, no es correcta la participación en la Eucaristía.

Y es verdad que hay notas de anorexia, de poco apetito, de desgana. O se comulga sin dejar que el Pan nos transforme.

Al Señor le pedimos “este” Pan. Pero es Él mismo quien en cada Eucaristía nos repite a los participantes: “*Tomad y comed todos de él*”. El fruto de comer su Pan es la *comunión*.

¿Qué tiene este Pan que comemos y que pedimos?

- *La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo*. Os recuerdo estas palabras de Jesús: “Quien come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56). Fuimos injertados en Cristo, como sarmientos en la cepa, cuando fuimos bautizados. De la Vid vivimos. Y crece nuestra vida cristiana, cuando se alimenta de la Eucaristía. “El que me come vivirá por mí” (Jn 6,57). “Lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la comunión lo realiza en nuestra vida espiritual” (Catecismo de la Iglesia Católica, 1392).

- Este Pan *nos une al Cuerpo místico de Cristo*. La expresión y la imagen la recibimos de S. Pablo. “Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1Cor 10, 16-17).

Los que comulgan se unen a Cristo, a los que comulgan Cristo los une en un solo cuerpo, que es la Iglesia. De nuevo la comunión hace más fuerte y honda nuestra incorporación a la Iglesia, que se realizó en el bautismo. La Eucaristía, la comunión hace Iglesia.

- En este curso pastoral en que hemos hecho el camino de encontrarnos con Jesús en el pobre y el inmigrante, sabemos que este Pan de comunión nos empuja a un *compromiso a favor de los pobres*. Cuando hemos descubierto al Señor Jesús en los pobres, nos preparamos para recibir su Cuerpo y su Sangre entregados. Se preguntaba S. Juan Crisóstomo: “Dios te ha perdonado todos los pecados y te ha invitado a su mesa. Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso”.

- Este Pan *nos separa del pecado*. No podemos olvidar que es “sangre derramada para el perdón de los pecados”. La comunión nos sitúa de frente al pecado, al mal, que tiene tantos nombres: es la injusticia, la mentira, la guerra, la ambición, la superficialidad, la división. Hoy, y siempre, es costoso ser cristiano y vencer las permanentes tentaciones al mal. El Pan que recibimos da fuerzas, fortalece el amor y el servicio.

- Este Pan es *“prenda de la gloria futura”*. “Vivirá para siempre”, afirmaba Jesús. Es Pan de inmortalidad. Es Pan que nos abre a la esperanza. Hasta que el Señor vuelva. “Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo”. Pedimos entrar en su Reino, “donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como Tú eres Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor nuestro” (Plegaria Eucarística III)

“Padre nuestro, danos este Pan cada día”. Nosotros acudimos y nos acercamos como pobres, que extienden la mano con respeto grande y esperanza para recibir el Cuerpo de Cristo, o vamos hasta el sacerdote y, como hambrientos, abrimos la boca aguardando el Pan, el Cuerpo de Cristo, que sacia el hambre más profunda.

“Padre nuestro, danos este Pan cada día”. Y cuando el sacerdote nos presenta la Hostia Santa la miramos con devoción, mientras nos dice: “*¡El Cuerpo de Cristo!*” y contestamos con fe agradecida, con un profundo “*¡Amén!*”. Así es. Recibo el Cuerpo de Cristo. Lo creo. Lo digo con toda mi fe, con estremecimiento. *¡Amén!* Esta es la respuesta del creyente que comulga. De la Iglesia recibe el Cuerpo de Cristo, el Pan que da la Vida.

IV.- Dios está aquí

Fiesta del Corpus. “¡Dios está aquí!”. Las palabras confiesan y profesan la fe. Es el sacramento de nuestra fe. Y lo es de nuestra esperanza y de nuestro amor. El mayor amor. ¡Está aquí!. Muy cerca. Cristo vive en cada pueblo, en cada barrio, junto a nuestras casas, vecino nuestro, empadronado con nosotros.

No es preciso recorrer largas distancias para encontrarlo. Ni hay lista de espera. En el corazón del creyente revive el deseo de acompañarlo y de sentarse a su lado, saberlo cercano. Con una palabra muy humana hablamos de hacer la “visita” al Santísimo, como se visita a un amigo, -Él nos llamó “hermanos”-, como Él nos visitó primero, como Él visitaba. Y son muchos los que cada día sienten la necesidad de visitarlo, para agradecer su cercanía, para devolverle la amistad.

Y surgió la necesidad de la *adoración*. Lo cantó Santo Tomás. Surgieron Congregaciones que en la Adoración al Señor encuentran fuerzas y empuje para servir a los pobres. Y nació la Adoración Nocturna. Y tantas Asociaciones del Santísimo Sacramento.

Y cada jueves muchos fieles, convocados por sus sacerdotes, se reúnen ante el Señor expuesto, y es oración sacerdotal y petición de vocaciones, porque junto a la Eucaristía se ve al sacerdote.

¡Dios está aquí!. Con vosotros confieso mi fe en Jesús en el Santo Sacramento. Lo confesión de fe más veces repetida en los escritos y manifestaciones desde los comienzos. La fe que el pueblo ha vivido y vive.

Siempre es año de la Eucaristía. En ella nos encontramos para hacer nuestra Iglesia más fraterna y más misionera.

Vuestro hermano

Mayo, 2005

+ *Justo*